

ñor exhalando mis quejas y pidiéndole fuerzas para sobrellevar mi desgracia. También me dirigía á Jacob, y como si estuviese cerca de mí le decía: Sabe que te amo, que envidio la dicha de mi hermana, y que el día en que ella va á ser feliz yo moriré de dolor. Al pronunciar estas últimas palabras siento pasos y veo á mi querido padre, que me había seguido cuidadoso de mi ausencia. Me arrojé en sus brazos ocultando en su seno mi turbación y mis lágrimas. Mi querida hija, dice Laban, á quien he recibido la primera en mis brazos, ¿por qué no acudes al corazón de tu padre? ¿crees que yo abandonaré tu amor á la desesperación?

—¿Qué puedo yo en competencia de mi hermana? Ella es amada de Jacob: y yo la quiero también á pesar de que siento perder mis fuerzas al pensar que en la noche de mañana entrará conducida por vuestra mano en el aposento de Jacob. Entonces oprimiéndome contra su seno, me dijo conmovido. No te dejaré perecer, querida mía, antes que mis promesas estén los sentimientos de mi corazón, y sin más decir me trajo á mi habitación. Alguna esperanza nació en mi angustiado pecho de sus palabras, y ella sostenía los esfuerzos que hacía para superar la agitación de mi amor desatendido. Llegaron al día siguiente, último del año sétimo, los reyes y príncipes vecinos montados sobre camellos cubiertos de magníficos tapices como tú viste, y en medio de la alegría y el festín solo de mis ojos salía alguna lágrima, que no podía reprimir al ver pintado en los semblantes de Jacob y de Raquel el contento de una dicha que se siente acercar. Solo las miradas de mi padre derramaban alguna esperanza en mi ánimo abatido.

Concluidas las fiestas todos se retiraron á sus tiendas, y nosotras á la nuestra con nuestro padre Laban. Me despojé de mis adornos, pero Raquel conservó los suyos y sentada cerca de mi lecho estaba pensativa y temblorosa porque agitaban su corazón el amor, el pudor y algun presentimiento fatal quizá. Pasados algunos momentos de reposo, mi padre con imperativa voz dijo:

—Lia! mi hija mayor, sígueme al aposento de tu esposo.

—Es posible? contestamos ambas admiradas.—Padre mío! dijo Raquel, ¿no soy yo la prometida de Jacob?—Es verdad: pero ¿ignoras ser la costumbre del país casar primero á la hija mayor? ¿Quién se casaría con Lia después de que sufriese la afrenta de ser pospuesta á su hermana menor? Tú ya tendrás esposo, porque yo te amo como á tu hermana y procuraré casarte pronto con algun poderoso príncipe.

¡Ay padre mío! ¿por qué me habeis engañado? respondió mi afligida hermana.—Raquel!!! dijo nuestro padre: nunca he oído de tu boca agravios contra mi autoridad... si sales de esta habitación antes de que amanezca, mi maldición caerá sobre tu cabeza. Concluidas estas terribles palabras me cogió de la mano y me condujo al aposento de Jacob toda azorada y sin saber lo que por mí pasaba. Entramos, y mi padre con voz fuerte dijo:—Hijo de Abraham, recibid vuestra esposa; yo os la entrego, y confiándoos mis derechos sobre ella, contraéis mis obligaciones: protegéd y amad vuestra compañera, y tú, hija mía, obedecede á tu nuevo señor... ¡Dios del cielo! Bendice y fecunda la unión de los dos esposos... y me dejó en los brazos de Jacob, cuyas caricias me hacían perder el conocimiento ahogando mi voz y mi razón tanta felicidad inesperada. Quedó dormido en mi seno Jacob, y yo vuelta en mí del desorden que había experimentado me llené de terror y de arrepentimiento. Sufria al pensar la sorpresa de Jacob cuando conociese su engaño: y colocando su cabeza que estaba sobre mi seno en el lecho, me separé de su lado no sin imprimir un apasionado beso en su tranquila frente. Me puse de rodillas sobre el pavimento y no hacía más que suspirar y pedir á Dios que me librase del odio que iba á inspirar á mi esposo. Al ruido de mis sollozos Jacob se despertó, y con voz dulce y apasionada decía. ¡Querida mía! ¿dónde estás?—¡Ven á mi lado, paloma mía! ¡ven á disipar el sobresalto que ha causado en mi corazón un sueño funesto que he tenido. ¿Lo crearás, hermosa Raquel? Estando á tu lado y cuando mi corazón latía de placer por tí, he soñado que te habían separado

de mí. ¿No respondes nada, vida mía? Yo sollozaba solamente.—El se levanta, viene hacia mí, y yo me abrazo á sus rodillas y riego sus pies con mis ardientes lágrimas. A la débil luz del naciente día me conoce y exclama: ¡Qué veo!... ¡Desgraciada!... ¿Eres tú á quien he unido mi suerte para siempre? Tus días serán como los míos llenos de amargura!—Huye... déjame... me causas horror.—Acabadme la vida, ¡señor mío!... lo merezco... un instante de confusión me ha perdido... Yo os adoraba y moría por vos... lo habeis visto en el espacio de siete años, y yo callaba y devoraba en silencio la amargura de veros amar á otra. No creí que pudiesen llegar mayores penas á mi corazón, y me dejé llevar por mi padre á vuestros brazos. ¡Ojalá hubiese muerto inocente pronunciando vuestro nombre en mi último suspiro, antes que ver vuestra indignación! Por piedad... por justicia herid! Libradme de la presencia del día. Libraos vos de la mía, herid, y aun así no dejará de amaros vuestra sierva.—El Señor no ha hecho mi corazón de bronce, me contestó Jacob con voz conmovida. Levántate: yo huiré y volveré al país de mis padres. ¡Ah! qué lacerado está mi corazón, exclamó, y me dejó en la habitación abandonada á mi misma. La promesa de obtener á Raquel le conservó á mi lado algunos días, pero nunca su corazón se ha movido á mis halagos. Su bondad le hace dulce en su trato conmigo, pero ama á Raquel, y no me queda más consuelo que ser madre de esos dos hijos de Jacob.

La presencia de Raquel saliendo de la tienda interrumpió la conversación de Lia y su esclava Zelpha. Su rostro de acabadas facciones no tenía la rubicundez que cuando llegó á abreviar su ganado á la fuente, en cuyas márgenes vió á Jacob la vez primera. Su traje sencillo como el de su hermana estaba ceñido con poco esmero, á pesar de que esto no sentase mal á su magestuosa estatura. Parada en el umbral de la tienda sus miradas estaban fijas en los niños Ruben y Simeon, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas al recordar que era estéril. Entre los objetos que los niños usaban en su entretenimiento había un ramo de mandrágoras, cuya planta tenía la virtud de promover la fecundidad según vulgar opinión de aquellos tiempos. Excitada Raquel por el deseo de las mandrágoras, y afligida de ser estéril, se sienta al lado de su hermana Lia; Zelpha se levantó y las dejó solas.—Hermana mía, la dijo, ¿me das esa flor que disputan tus niños? Yo la llevaré, dijo Raquel, en mi pecho y quizás llegue á ser madre como tú.—Lia se levantó, y tomando la mandrágora se la dió diciendo: toma, nada debe de faltar á tu felicidad. Raquel animada por la complacencia de su hermana cogió en sus brazos al niño Simeon, y sentándolo en sus rodillas le acariciaba. El niño correspondiendo elevaba sus tiernas manos, y tocando las mejillas de su tía correspondía á sus caricias. Conmovida Raquel y fuera de sí, pone en pie al niño, y arrojándose á los pies de Lia con voz conmovida y los ojos llenos de lágrimas la dijo:—Hermana mía, tengo una gracia que pedirte.—Decid lo que queráis.—No sé si me atreva después de haberte causado tanta pena.—Habla, ¿qué quieres?—Que me des á tu hijo Simeon... tú serás su madre siempre, y no se separará de tí; pero yo cuidaré de su infancia, le llamaré hijo mío, y engañaré mi dolor... no me rehúes esta gracia. Lia estuvo suspensa... pasados algunos momentos sus pálidas mejillas se coloraron, y después de acariciar y levantar á su hermana la contestó:—Os doy mi hijo, pero prometedme también una gracia.—Te la prometo, dijo Raquel, hablad.—Lia permaneció silenciosa, y mas se coloraron sus mejillas. Pasado un momento dice:—Raquel, el amor de nuestro esposo es la causa de nuestros disgustos: consentid en permanecer sola esta noche: una noche se pasa pronto.—Raquel vacilaba... consiento en ello dijo, y tomando al pequeño Simeon lo entró en la tienda para trasladar su cuna á su aposento.

Lia llamó á Zelpha y la dijo:—Yo recibo hoy á mi señor en mi aposento; prepara mi mejor túnica de lino, entrelaza mis cabellos con pedazos de púrpura, tráeme las alhajas que heredé de mi madre, derrama mirra, nardo y cinamomo que voy á adornarme y presentarme digna de recibir las caricias de mi esposo. Entraron ama y esclava en la tienda, y algun tiempo después salió Lia con un semblante tan animado y tan bien colocados sus adornos que pare-

cia hermosa aun á su hermana Raquel, que suspiró al verla pasar, y se fué á encontrar á Jacob que se retiraba de cuidar las haciendas y ganados. Jacob sorprendido de verla ataviada cual nunca la había visto, se paró silencioso.—Señor, le dijo Lia con una voz dulce, vos vendreis á reposar conmigo esta noche, porque yo he obtenido esta gracia de mi hermana en cambio de cederla nuestro hijo Simeon, á quien tanto amo porque se os parece, y no tengo otra dicha que ser madre de vuestros hijos. Ruborosa al pronunciar estas palabras se escaparon algunas lágrimas de sus ojos, nacidas más de la dicha que esperaba que de las aflicciones pasadas. Yo no os he molestado con mis ruegos, continuó, recompensad mi amor y mi paciencia... por la primera vez arrojad una mirada de amor á vuestra sierva! Jacob enternecido la dice: era escusado que hubiésteis cedido á vuestro hijo Simeon, también te amo á ti, querida Lia, y partiré con las dos mi ternura y mi cariño.

¡Yo usurpé á mi hermano mayor la primogenitura, y respeto las miras del Todo Poderoso! Se entraron en la tienda y en el aposento de Lia.

CAMILLO ALONSO VALDESPINO.

## VIAJES.

Debemos á la amistad de nuestro colaborador don Enrique Gil la siguiente carta.

Señor director de EL LABERINTO.

Aunque dice el antiguo refran castellano que «A muertos y á idos no hay amigos» sin duda para las cosas malas no debe de tener fuerza y vigor, pues no ha faltado quien me diga desde esa muy heroica villa lo poco contento que Vd. se muestra de mí viendo la mala cuenta que doy de la promesa que le hice de remitirle algunos artículos de viaje. De lección me servirá para en adelante, porque á decir verdad, señor director, ni supe lo que le prometí, ni contaba con la huésped, es decir, con el modo de viajar de esta tierra de rápido progreso, en que una vez embaucado el viajero en sus diligencias se convierte de todo punto en fardo de mercancías, y así se cuida nadie de él como de las nubes de antaño. Día y noche son iguales para esta gente infatigable: no parece sino que á sus ojos todos venimos de casta de postillones, y que debemos dormir al ruido diabólico de sus carruajes del mismo modo que los marinos al compás del balance de su barco. No puedo decir hasta qué punto es exacto semejante raciocinio, aunque por amor á la verdad, y teniendo en cuenta el sueño profundo y sosegado de la mayor parte de los compañeros que en el viaje me tocaron, ya fuese con el sol en los ojos, ya en medio de las tinieblas de la noche, fuerza es confesar que el cálculo de los empresarios de diligencia no va del todo fuera de camino. Yo pecador que no tengo por costumbre semejante locomoción, ni por otra parte traía en el pensamiento ningún proyecto comercial que me hiciese dar gran precio á las horas, sé decir de mí que ni el cuerpo ni el alma se daban por contentos de semejante ejercicio; el uno porque se sentía no menos bien molido y mal andante que el del caballero de la Triste Figura, y la otra porque se veía obligada á interrumpir mas á menudo de lo que quisiera la serie de observaciones y discursos en que se complacía durante el viaje. De esta suerte he caminado de un tiron las 87 leguas que hay desde Marsella á Lyon, y de otro tiron ó poco menos las 119 que separan á esta gran ciudad de Paris. ¿Cómo quería Vd., pues, que trazase mis garabatos sobre impresiones tan fugitivas, ni fabricase la armazón de mis reflexiones sobre tan flacos cimientos? Ya sabe Vd. que entre nuestros caros compatriotas hay algunos, entre los pocos que setoman el trabajo de leer mis borrones, que me tienen por hombre de juicio y de conciencia. Dios y yo sabemos con qué fundamento: ¿cómo quería Vd. pues que á riesgo de dar al traste con esta su caritativa opinión fuese á incurrir en un vicio que no hace mucho tildaba en la mayor parte de los extranjeros que de nosotros hablan? Bien conoce Vd. que la economía debe guardar proporción con el capital de que uno dispone, y que quien

apenas tiene mas títulos que la benevolencia de los suyos, obra cuerdate en conservarla con cuidado.

Si con todas estas razones no se da Vd. por satisfecho de mi silencio, como lo veo muy posible, no crea por eso que me considero vencido, pues aun tengo otra muy buena y mas poderosa que todas, á saber: la pereza, de la cual poco ó mucho participará Vd. *sin duda y que de cierto hablará en mi favor mas alto que otro argumento alguno*, por aquello de *Non ignara mali*. De todas maneras á su amparo me acojo, porque en último resultado ella sola puede dispensarme de mi silencio. A propósito del hermosísimo puerto y alegre ciudad de Marsella donde por primera vez de mi vida he visto un bosque verdadero de mástiles y desaparecer el agua bajo de innumerables quillas, donde en corto trecho han cautivado *mis miradas trajes y aposturas de casi todo el mundo*, y herido mis oídos una confusión de lenguas tal que recordaba la de Babel, y donde finalmente el cotejo de la ciudad antigua alta, encaramada y llena de calles retorcidas y oscuras, con la moderna, alegre, bien trazada, con calles tiradas á cordel y cortada en ángulos rectos, regadas por pequeñas corrientes de agua viva y sombreadas á trozos por frescos arbolados, daba la medida de la diferencia de los tiempos y de la *marcha progresiva de la ilustración y cultura del género humano*. No menos dignas de especial mención eran sus cercanías amenas, frondosas y variadas, no menos por las desigualdades suaves del terreno que por las innumerables casas de campo cercadas de sotos, viñedos y praderas que las adornan, y animadas por el tráfigo incesante y vividor que produce su colosal comercio. Algun recuerdo merecian tambien las fértiles aunque monótonas llanuras del departamento de Vaucluse, pobladas de moreras y algo semejantes por esta razon á algunos trozos del reino de Valencia; y célebres sobre todo por aquella famosa fuente en que el Petrarca cantaba sus versos á la hermosa Laura, y que mas tarde mereció la especial visita del rey mas caballeresco de Francia (1) la impresion que me causó Avignon fué de las mas agradables que experimenté en mi camino. La noche habia sido lluviosa, pero la mañana se presentaba azul y despejada, de manera que los rayos del sol rielaban vivamente en aquellos campos y arboledas cargadas de gotas de agua, y que á cada soplo del viento figuraban una lluvia de topacios y diamantes. La ciudad ofrecia un aspecto singular, pues por un lado sus murallas preciosamente conservadas y coronadas de almenas la daban un carácter militar decidido, y por otro sus numerosas torres y campanarios acusaban la antigua residencia de los Papas, y eran muestra de su fisonomía sacerdotal. Rodeámosla, y por la orilla del Ródano seguimos nuestro viaje hasta Valence, disfrutando constantemente un paisaje que la naturaleza y el trabajo del hombre embellecian á porfía, pero que cobró á mis ojos mayor atractivo cuando entramos en el estrecho valle donde el Ródano cogido en un espacio muy reducido, camina con rapidez grandísima como deseoso de salir de semejantes prisiones. El paisaje era silvestre y áspero á mas no poder: por ambas orillas, y sobre todo por la opuesta al camino, subian en rápido declive algunos prados donde pacían desparramadas cabras, ovejas y vacas, que en general contrastaban por su color claro con el verde oscuro de la yerba. Fresnos, álamos, chopos y robles señalaban el curso del rio y servian de colo á aquellas breves y empinadas alfombras de verdura, por encima de las cuales unas veces se veian hermosas viñas y otras extendian los montes sus matorrales de jaras y retamas. Mientras atravesamos el valle ningun barco grande de vapor ni de vela vino á turbar la soledad magestuosa y un tanto melancólica del rio: solo algunas barquillas que se deslizaban pegadas á la orilla se ofrecieron á nuestra vista. El paisaje alumbrado ya por los últimos rayos del sol era en sí mismo muy hermoso sin duda, pero á mis ojos tenia un mérito y atractivo especial, porque me recordaba las hoces y cañadas por donde he visto correr las aguas cristalinas del Sil en mis primeros años, y parecia traerme un eco de aquellas quebradas y un recuerdo de mi patria ausente y querida.

Al salir del valle cerró la noche afortunadamente para Vd., señor Director, que segun el pa-

so que iba tomando mi pluma en los anteriores renglones, se veia amenazada de una especie de inventario de viaje, y ya todo comenzó á pasar á mis ojos como un tropel de formas vagas y confusas mas propias para un cuento á manera de los de Hoffman que para una narración á la buena de Dios, como por ahí decimos; y que lejos de embarcarse en nubes ni de cabalgar en hipógrifos como los caballeros y damas del Ariosto, camina bravamente á pie y aun cojeando de lo bueno si no me mienten las señas. Por fin y por no cansar diré á Vd. que me detuve dos dias en Lyon, de cuya ciudad y de sus fábricas si fuera á hablar no me llegaría por varios dias todo el espacio del periódico. No quiero pasar en silencio, sin embargo, la vista soberbia que se disfruta desde la iglesia de San Juan de Fourvieres situada en una *escarpada eminencia que domina la ciudad á caballero*, y á cuyos pies el Saonosegado y tranquilo entra en el Ródano impetuoso y rápido, ciñendo entrambos con sus brazos de cristal y como en un abrazo de ternura aquella rica y pintoresca poblacion. Construida sobre varias colinas, con los largos paseos de sus muelles plantados de árboles, con sus numerosos puentes, calles torcidas, y anchurosas plazas, con los innumerables barcos de vapor y de vela que cruzan sus rios, y rodeada de fértiles campos que termina al oriente el imponente grupo de los Alpes, ofrece Lyon desde las alturas de Fourvieres uno de los panoramas mas hermosos que pueden imaginarse. Aquel espectáculo es uno de los pocos que están hechos para no borrarse fácilmente de la memoria de quien lo ha visto.

A los dos dias salí de este emporio de la industria francesa en un barco de vapor de los del Saon; viaje de todas veras delicioso si el tiempo hubiera permitido disfrutar de aquellas frescas orillas; pero el viento era tan frio y tan violento, la lluvia tan frecuente y desatada, y las nubes tan bajas y apiñadas que los términos un poco distantes del paisaje se perdian con frecuencia, y aun los cercanos no siempre se presentaban con sus verdaderos contornos. El frio ademas era tal, á pesar de hallarnos en los últimos dias de mayo, que sin embargo de mi firme resolucion de pasar en cubierta todo el tiempo de la travesía, mas de una vez para templarme un poco, hube de meterme en la cámara, de donde ningun pasajero salia sino por contados momentos. Asi y todo no dejaba de haber escenas vivas y curiosas; porque como era el último dia de la pascua de Pentecostés infinidad de gentes y de aldeanas sobre todo entraban y salian en las diversas paradas que el vapor hacia ya en una ya en otra orilla, y presentaban una serie siempre nueva de objetos y un continuo movimiento. Por desgracia á esto venia á reducirse todo, porque el campesino francés nada tiene de comun ni en su fisonomía ni en su porte con la traza inteligente, resuelta y alliva de nuestros paisanos; y en cuanto á las mujeres, Dios nos tenga de su mano, pues ora provenga de que las faenas mas duras de la labranza alteren sus formas, ora de que la raza sea de suyo pesada y poco airosa, ora en fin de aquellas sayas descomunales que atan por debajo de los brazos mismos y las hacen parecer niños empañados, ó lo que es mas probable de todo punto, el resultado es que la sensacion que producen en un español maldita la cosa tiene de agradable. Como quiera, y dejando esto aparte, diré á Vd. que por la tarde desembarcamos en Chalons y rodando toda aquella noche por los campos de la nombrada Borgoña, nos encontramos al otro dia no solo con un cielo puro y diáfano, sino tambien con las orillas del Jonne superiores sin duda en suavidad, frescura y alegría á cuanto hasta allí habia pasado por delante de nuestros ojos. En verdad que poco puede imaginarse de mas apacible que aquel valle cuyas laderas sembradas de panes, bajaban en manso declive hasta las praderías y arboledas que marcan el curso undulante y sinuoso de aquel rio terso y unido casi siempre como un espejo. Todos los pueblos por donde pasábamos nos parecian á lo lejos enclavados en un bosque, pues nombre de tal merecen los inmensos y frondosos paseos y plantales que le servian de marco. Los efectos de luz ya entre los sotos y alamedas, ya entre las quebradas y vallecillos un poco apartados, ya por fin en la lámina reluciente del rio, eran de una riqueza y variedad infinita, y aquel paisaje, á cuya inexplicable armonía de calma y sosiego no faltaban ganados y pastores, ni

tal cual barca que bajaba pausadamente con la corriente, ni accidente alguno en fin de la vida campestre, era seguramente digno del gran pincel de Claudio de Lorena. Todo el dia duró este panorama que de puro dulce y tranquilo mas de una vez entristecia el alma; y á las diez de la noche, despues de caminar buen rato por una sombría avenida, en que lo espeso del arbolado cerraba el paso aun al rayo mas fugitivo de la luna, entramos en Fontainebleau, donde habia resuelto pararme escarmentado de lo mal que me habia ido en las dos noches que pasé desde Marsella á Lyon, y deseoso ademas de ver aquel famoso sitio, en lo cual emplee el dia siguiente.

Tal vez espera Vd. una descripción algo mas circunstanciada de este palacio querido y embellecido á porfía por todos los reyes de Francia y que seguramente merece estos cuidados, no tanto por su belleza arquitectónica, pues difícilmente podian consentirla las varias construcciones que sin gran plan ni sistema se han ido agregando al antiguo edificio; cuanto por sus varios y esquisitos detalles, y sobre todo por sus admirables alrededores. Si así es, lo siento por Vd., Sr. Director, porque declaro solemnemente, como ahora se dice á propósito de asuntos de no mayor cuantía, que veinte y cuatro horas no bastan para formar juicio exacto de tantas cosas; y porque ademas, por una rareza de que tal vez no se maraville Vd., un espacio bueno de tiempo y una parte no mala de mi atención la empleé en examinar una pieza de paso muy insignificante del palacio y un velador que no vale arriba de 30 francos. Sabe Vd. porqué? Porque en esta pieza y sobre este velador firmó el emperador Napoleon su abdicacion famosa, y porque en aquel breve y reducido espacio se desplomó repentinamente la obra del genio y de la gloria al soplo cruel de la fortuna. La auténtica del suceso está en una lámina de bronce clavada en la parte inferior del velador, y el borrador de la abdicacion de puño del Emperador en un cuadro dorado colgado en la pared de enfrente. Despues de semejantes emociones fácil es de concebir que todos los primores y magnificencias que se ven no parecen sino juguetes de niños, y que el afán de los reyes por perpetuar su poder de un dia trae la risa á los labios: yo por mi parte recorrí aceleradamente el resto de los salones y galerías, y fui á confiar mis pensamientos á los árboles, breñas y collados de aquel bosque incomparable que habian visto pasar á Enrique IV el Bueno, á Luis XIV el Magnífico y al gigante de nuestros dias. Muchas ponderaciones he oído y leído del tal bosque, pero confieso que no las tengo por sobradas, pues sus puntos de vista son admirables á todas luces, y él despues de Dios bastó á convertir á Lantara, desdichado vaquero de Acheses, en un pintor de alguna nombradía. El resto del sitio es hermoso, y sobre todo está cuidado con infinito esmero; pero adolece de escasez de aguas falta no pequeña en semejantes posesiones, y que le quita aquella pompa y lozanía en la vegetacion que son el principal adorno de Aranjuez.

Al otro dia acabé de atravesar la gran selva, dirigiéndome á Corbeil para tomar el camino de hierro que un poco mas adelante de este pueblo entronca con la linea de Orleans. Tan á punto llegamos que no tuve tiempo sino para meterme en un coche de los del tren que arrancó al punto. Las sensaciones que se experimentan en un medio de locomocion del todo desconocido entre nosotros prácticamente son de aquellas que no pueden definirse exactamente, pues la velocidad descompasada con que pasan todos los objetos cercanos como arrebatados por un torbellino, junto con el ruido de una sarta tan larga de carruajes, barre la vista y aturde no poco los oídos. Sobre todo cuando otro comboy pasa al lado; como la velocidad se dobla, parece cosa de mágica, aunque á decir verdad la tal mágica mucho mas tiene en apariencia de negra que de blanca. Por lo demas la comodidad es grandísima, los carruajes magníficos, el precio equitativo, y el servicio regular y exacto. El camino desde Corbeil es muy agradable, porque sin contar la vista del Sena, se disfruta la de una porcion de villas y aldeas situadas pintorescamente como son: Donjons, Soissy y Etioles en frente la posesion de Petit-Bourg, colonia industrial y agrícola fundada por nuestro difunto compatriota Aguado: atraviásase ademas el parque de este palacio junto con el Grand-Bourg y el de Fromont, y sin dejar de tener á la vista

(1) Francisco I.

hermosos collados vestidos de arbolado, se encuentra Chareuton á la derecha, el inmenso edificio de la Salpetriere á la izquierda, y en seguida se entra en el embarcadero situado en frente del puente de Austerlitz. Todos estos milagros se hacen en cosa de una hora, de manera que aunque las impresiones quedan, el nombre de los lugares sin la ayuda de un guia o correria la misma suerte.

En fin, ya me tiene Vd. en la capital del mundo civilizado, como la llaman estas buenas gentes con su acostumbrada y encantadora modestia. ¿De qué quiere Vd. que le hable ahora? ¿Por ventura de la fisonomia estraña de este pueblo, del género de vida que en él se hace, de sus monumentos, espectáculos, etc., etc.? Para eso juzgo mucho mejor para el periódico y mas descansado para Vd. copiar uno por uno los artículos que sobre el mismo objeto escribí el Curioso Parlante, que al cabo por la circunstancia extraordinaria de haber residido mas tiempo, y por la ordinaria de tener mas juicio y talento que yo, es voto de algo mayor peso. ¿Quiere Vd. que le dé cuenta de la sorprendente exposicion de la industria francesa que por fortuna me he visto y recorrido muy á mi sabor durante todo el mes de junio? Pero en tal caso ya podia Vd. aprestar cajistas, papel y aun paciencia, porque la cosa daría de sí para un buen volumen, y sino á la prueba me remito para cuando salga el dictámen de la comision especial. ¿Prefiere Vd. una noticia especial del magnifico templo que ha levantado este monarca ilustrado en Versailles á las glorias y á las artes de la Francia, y donde los ojos acostumbrados á la franca y gallarda escuela española, pasmosa no menos por su vigor que por su dulzura, encuentran infinitas cosas que desentonan y chillan mas de lo que chillaria una gaita gallega en el *Requiem* de Mozart? Supongo que no preferirá semejante cosa porque me supondrá cansado de escribir como yo le supongo cansado de leer este artículo, en que si el amor propio de escritor no me engaña, del mismo modo quedarán burlados los que busquen instruccion y recreo. De todas maneras aunque le doy licencia de tratarle como guste, le aconsejo que sea con cariño, porque si este primero encuentra mala acogida, uno ó mas que le enviaré sobre Rouen su camino (viaje que haré solo para desagrar á V.) no se atreverían á andar tantas leguas para hallarse con cara de palo. Despues de mi salida de Francia procuraré ser mas puntual si la obligacion (que como Vd. sabe no es floja) consiente algun espacio á la devocion.

Ahora solo me resta concluir como nuestros poetas cómicos del siglo XVII, pidiendo perdon al publico de los yerros, y á Vd. del tiempo que le ha quitado su atento servidor y buen amigo, Q. B. S. M.

ENRIQUE GIL.

Paris 10 de julio de 1844.

## Revista de la Quincena.

Tristeza, soledad, melancolía, angustia, fatiga y pesadez, no otra cosa son para los que habitan el suelo madrileño, los quince primeros dias del mes de agosto, mes de calores terribles, mes de enfermedades continuas, y en que las gentes á imitacion de las hojas que en un solo dia trocan su verde en mustio color, habrán de cambiar las frescas ropas que visten, por otras de mayor abrigo, so pena de encontrarse á la vuelta de una esquina con los frios de diciembre. El temperamento en Madrid es tan inconstante como la fortuna, tan veleidoso como el amor, tan fugitivo como la esperanza, tan caprichoso cual sutil nube de humo que ondula entre céfiro ligero, y se la ve desaparecer. Todo esto no será suficiente á privarnos el saborear las faustas nuevas que hemos recibido acerca de nuestros asuntos con el imperio de Marruecos: un crimen bárbaro, un crimen en que el derecho de gentes estaba hollado, destrozada la causa de la humanidad, hecha pedazos y por el suelo la grande obra de la civilizacion, se habia cometido con nuestra España: la reparacion tenia que ser tan grande como la injuria; el emperador marroquí se negó una y otra vez á reparar tanto agravio; era preciso y de todo punto inevitable un rompimiento; la guerra estaba preparada; el emperador no podia en su situacion menos de temerla, y temien-

dola ha teido al fin, ya que no confesar su pecado, sufrir la dura penitencia. Cuando insertaba la Gaceta oficial la comunicacion del cónsul de España en la plaza de Gibraltar, con la plausible noticia de haberse terminado definitiva y satisfactoriamente, las cuestiones pendientes de España y Francia con Marruecos mediante las negociaciones llevadas á cabo por el agente inglés Mr. Hay, recibimos la noticia de haber sido bombardeado Tánger por el príncipe Joinville. Este es el resultado que podia prometerse el emperador marroquí, que verá muy luego, como á este bombardeo sigue el de Mogador y demas puertos del imperio. Tambien en estos momentos debe estarse resolviendo otra cuestion no menos importante para la paz de nuestro suelo y tranquilidad de las conciencias; la cuestion eclesiástica ocupa hoy sin duda alguna á la corte de Roma, y es de esperar que con la llegada del señor Castillo y Ayensa tengan feliz término los asuntos de la iglesia, sin que se lastimen en lo mas mínimo tantos intereses creados. El gobierno austriaco se ve cada dia mas y mas comprometido con los desórdenes de Praga, á cuyo punto manda fuerzas considerables; mas de 20,000 israelitas abandonan el pais perseguidos cruelmente por el pueblo; y el célebre banquero Rostchild, á quien es deudora la Alemania entera de inmensos beneficios, es despedido y se le arrastra por las calles en retrato. El consejo de guerra establecido á causa de la revolucion de marzo en Gosenza, condena á 21 individuos á la pena de muerte y 10 á treinta años de prision; pero la clemencia del rey de Nápoles alcanza á 15 de los condenados, y conmuta su pena en perpetuo encierro; entretanto se cuenta como cierta la muerte de los dos hijos del almirante austriaco Bandiera, á consecuencia de las heridas que recibieron en el combate contra las tropas napolitanas durante la funesta jornada de la Calabria. La capital de Francia, el pueblo inmenso de París, celebra con magnifica pompa el décimocuarto aniversario de la famosa revolucion de Julio. Los campos Eliseos iluminados completamente presentan un cuadro asombroso, las aguas del Sena en que se figura un combate naval, una ilusion mágica, las cucañas, los juguetes de todas clases, una variedad inmensa y los arcos de la Estrella y de la plaza de la Concordia, descollando magestuosos entre inmensas luminarias, un golpe de vista tan magnifico como sorprendente. El rey de los franceses, que nació con aquella revolucion, lo mismo que la Carta de Francia, de la cual puede llamarse hermano, ha querido solemnizar estas fiestas premiando á los artistas y fabricantes que mas se han distinguido en la última exposicion de los productos de la industria francesa. A tan augusto acto, ha asistido Luis Felipe vestido con el uniforme de la guardia nacional; y despues de repartidos los premios, ha solemnizado tan fausto dia con un magnifico cuanto espléndido banquete. Concluida la comida, ha tenido lugar un concierto monstruo, al que ha asistido inmenso número de artistas, fabricantes, maestros, y en el que la *Marsellesa* ha alternado con los coros del *Moises*, y sin número de piezas escogidas y primorosamente ejecutadas. Así va sosteniendo el monarca francés el peso inmenso de la corona que se asienta en su cabeza; ¡quiera el cielo que esta no se rinda con el peso de los años! ¡la paz del mundo se alteraria completamente en dia tan aciago! La visita que tiene prometida á la reina Victoria, tendrá lugar á primeros del mes entrante, época para la cual habrá terminado la convalecencia de su alumbramiento: el mariscal Soult acompañará á S. M. que tornará de su visita por Bélgica, con el objeto de abrazar á sus augustos hijos. Es milagro, y de ello damos gracias á la Providencia, que no haya habido en este año algun intento de asesinato contra tan augusta persona. No ha sido tan afortunado el rey Othon, á quien ha tratado de arrebatar la vida un sargento de gendarmes, que estaba demente. Este desgraciado se precipitó en el palacio, y quiso penetrar por la puerta privada que sale al jardin: un centinela lo persiguió desde el principio, le alcanzó luego, y le cruzó la bayoneta por el cuerpo dejándole muy mal herido. En mayor peligro y con no escasa fortuna, ha estado el rey de Prusia al partir en compañía de la reina á la Silesia. A las 8 de la mañana del 26 de julio y cuando esta habia ocupado su asiento en el carruaje, un hombre embosado con una capa parda, logró acercarse á dos pasos de la rueda delantera y disparó sobre el rey dos pistolazos que á nadie hirieron: el asesino cometió este horrendo crimen con una pistola de dos cañones; inmediatamente fué preso aunque con gran dificultad, pues queria el pueblo hacerlo trizas; dijo llamarse Tscheck, tener 36 años de edad; y que no habia cometido el crimen por inspiracion ajena sino propia, y guiado por el deseo de hacer un servicio á su pais asesinando al rey y dando así una leccion saludable á sus sucesores. Ha fallecido en Florencia el 28 de julio último á las nueve de la noche, José Bonaparte, antiguo rey de nuestra España. En el número inmediato de El Laberinto se dará su biografia acompañada del retrato. Tambien en la capital de Portugal se han celebrado solemnnes fiestas con motivo del aniversario de la promulgacion de la Carta, y en

nuestra España, en la capital del Principado, en la rica Barcelona, cuyos muros ha abandonado nuestra adorada Isabel, no se ha perdonado medio ni fatiga á fin de obsequiarla de la manera mas cumplida. Antes de verificarse la partida de SS. MM. y A. ha tenido lugar la presentacion de la medalla consagrada á la memoria del regreso de S. M. la reina madre al suelo español. Tiene dos pulgadas de diámetro y dos lineas de espesor. En el anverso se encuentra el busto de S. M. la reina madre con la inscripcion:

MARIA CRISTINA DE BORBON:

y en el reverso, una carroza tirada por cuatro caballos y montada por una graciosa ninfa derramando aromas con la diestra y abrazando con la siniestra el cuerno de la abundancia. En el exergo se leen estas palabras:

AL REGRESO DE CRISTINA A ESPAÑA,  
LA DIPUTACION PROVINCIAL DE  
BARCELONA.  
AÑO MDCCCXXXIII.

Cada una de las personas reales han recibido una coleccion, compuesta de una medalla de oro, otra de plata, y otra de cobre. Muy luego tendrá la capital de España la envidiable fortuna de encerrar en su seno á la augusta Isabel, cuya salud, gracias al cielo, ha mejorado extraordinariamente á favor de las aguas de Cataluña. La cuestion electoral va cobrando alguna mas vida á medida que se va acercando el dia señalado para la eleccion; cuéntase á pesar de esto, que un partido numeroso, no se presentará en el palenque abierto por el gobierno, y que solo trata de hacer presente á la Nacion los motivos que le inducen á seguir semejante conducta.

En el número anterior de EL LABERINTO, desahogá-bamos nuestro corazon, felicitándonos de hallarse asegurada la paz y tranquilidad del vasto continente donde moran nuestros hermanos de América. Hoy despedazados por el dolor mas acervo, el llanto asoma á nuestros ojos y el alma se condeue al referir la triste escena de que ha sido testigo aquel pais virgen é inocente. Siguiendo su curso la causa sobre la conspiracion allí descubierta ha resultado cómplice Gabriel de la Concepcion Valdés, conocido por PLACIDO, célebre poeta, sublime genio por cuyas venas circulaba la sangre africana, junta con la europea. PLACIDO era un peñetero de Matanzas que no quiso como debió abandonar la Isla de Cuba, pais para él ingrato cuando fué comprada su libertad, merced á los generosos instintos de varios jóvenes: por respirar las brisas de su patria se habia sometido al envilecimiento que la humanidad imprime sobre el color de su rostro. Parece que al desgraciado le designaban por rey los conjurados ¡corona mas brillante é imperecedera ceñian ya sus sienes, y se la hubiera conquistado por sí sola su última plegaria, si no la poseyera ya de mucho antes! No podemos resistir al deseo de copiar íntegra esa composicion nacida de lo íntimo del alma. Algun periódico de esta corte ha supuesto que Plácido la escribiría sin duda para ablandar á sus jueces! ¡qué juicio tan cabal, qué comprension tan exquisita tendrá quien eso crea! pues qué ¿son los hombres capaces de inspirar pensamientos tan sublimes, palabras tan solemnnes? Lo que es cierto que si á Plácido le condenó la justicia, pudo salvarle la clemencia; que á ser nosotros jueces con una mano hubiéramos firmado la sentencia de muerte, y con la otra hubiéramos descorrido el cerrojo de su prision. No abundan talentos de su temple en el mundo para segarlos en flor en vez de prodigarlos esmerado cultivo, ni estamos tan abundantes de luces que fuéramos á apagar la estrella fulgurante que brillaba en el ocaso ¿pedir clemencia Plácido? ¡Jamás! su plegaria lo dice; amaba la vida sin temer la muerte, y es bien seguro que nunca se creyó mas feliz, que cuando su inspiracion se remontó á tan grande altura, que cuando habitaba un mundo desconocido y hablando con su Dios despreciaba la justicia de los hombres; la muerte era para él entonces delirio vano, poético ensueño, la gloria, la realidad con que debia encontrarse al despertar. Esta es su plegaria.

A DIOS.

Ser de inmensa bondad, Dios Poderoso  
á vos acudo en mi dolor vehemente;  
estended vuestro brazo omnipotente,  
rasgad de la calumnia el velo odioso  
y arrancad este sello ignominioso  
con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,  
vos solo sois mi defensor, Dios mio;  
todo lo puede quien al mar sombrío,  
olas y peces dió, luz á los cielos,  
fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,  
vida á las plantas, movimiento al rio.